

El primer vicio de nuestra literatura

Mientras escribía este ensayo tuve siempre delante de mí una frase de Shakespeare. Sobre ella giran estas páginas que algunos pueden considerar audaces o pedantes. Yo les doy el título de verdaderas. Al escribirlas no me ha animado ningún espíritu de snobismo, ni el menor deseo de ser espectacular las ha inspirado. Sólo he querido ser sincero y decir la verdad.

Recojo las palabras que el dramaturgo inglés puso en boca del duque de Albania, ya al finalizar el rey Lear, y las coloco al comienzo de este pequeño ensayo: "Digamos lo que sentimos, no lo que debiéramos decir". Un epígrafe para estas páginas.

Gran mal ha sido para la cultura colombiana el no separar la vida literaria de la vida de salón, el no comprender que las letras pueden crecer y desarrollarse fuera de los salones, el no entender cómo la actividad intelectual no debe convertirse en apéndice necesario de la tertulia casera. No es la primera vez que afirmo ésto; probablemente no será la última.

Y tal afirmación es en Colombia demasiado grave. Taine anota los inconvenientes de la vida de salón. Inconvenientes en cuanto a la inteligencia e inconvenientes en cuanto a la voluntad. Lo hace para Francia, donde sí se sabe distinguir entre el fenómeno literario y el social, y en donde los escritores —por lo general— no son complacientes ni practican la indulgencia al expresar sus ideas, ni ceden ante una opinión social. (Social en el sentido mundano, naturalmente).

No hacer la separación entre esas dos vidas es perjudicial para el desenvolvimiento de una cultura. Se pueden vivir las dos con mayor o menor intensidad: a mayor intensidad de la una menor intensidad de la otra, parece ser la fórmula más aproximada a la verdad. La historia nos lo muestra así. Bastarán algunos ejemplos nacionales: tres literatos mundanos: José María Samper, Vergara y Vergara y Diego Fallon. Tres literatos ensimismados: Rufino José Cuervo, Miguel Antonio Caro y Marco Fidel Suárez. El contraste evita todo comentario. (Y no se diga que he procedido parcialmente en la escogencia.

Este mal es mucho más grave si se trata de la crítica literaria. El crítico y el hombre de mundo no pueden ser dos hermanos siameses. Necesita el primero independencia para su trabajo y no la puede tener si lo subordina a las opiniones predominantes en su respectivo conventículo, a los parentescos de sus tertulios habituales o a las simpatías de sus amigos preferidos.

Estudio el desenvolvimiento de la cultura colombiana y veo que sus grandes manifestaciones (grandes en sentido cuantitativo y no cualitativo) han nacido y crecido al calor de las reuniones sociales. Me limito a tres ejemplos: las tertulias de fin del siglo XVIII, el Mosaico, la Gruta simbólica.

De ahí que estemos acostumbrados a considerar la literatura como una entretención casera, como un pasatiempo tan inútil como inofensivo. Por tanto, escritor en Colombia es sinónimo de hombre que sabe decir cosas gratas a los oídos de todos.

Trae Montherlant en una admirable conferencia, llamada "Les Morts Perdués", una frase de grávida significación, que si para Francia encierra una verdad —más o menos grande— para Colombia se convierte desgraciadamente en un axioma:

"¿Quest-ce qu'un litterateur? Trop souvent, un homme qui cherche a plaire. Il écrit non ce qu'il croit, tout court, mais ce qu'il croit qui plaira."

Ahora se presentan a mi espíritu con mayor nitidez, con más significado y con un enorme contenido de verdad las palabras de Shakespeare en el rey Lear. Las adapto al tema y pulo esta sentencia rectora:

Escribamos lo que sentimos, no lo que debiéramos escribir.

Pongo ahora la máxima anterior delante de una traducción muy libre, pero seguramente muy fiel, de las palabras con que el escritor galo define, sin nada de benevolencia, pero con mucho de sinceridad, a sus congéneres:

Escribamos lo que debiéramos decir, no lo que sentimos.

Un lema para asistir a un banquete. Un epigrama para las obras críticas de los colombianos. Un programa de vida para sus autores.

Claro está que el lema para conducirse en un salón, bien puede ser éste. No podemos dejar conocer allí todos nuestros sentimientos ni expresar todo lo que pensamos, pues, como dice en la comedia de Paillerón, "Le Mode où l'on s'ennuie" (en castellano "Las Tres Jaqueras"), el subprefecto republi-

cano a la duquesa monárquica, que le propone hablar mal del gobierno; Ah, duquesa, yo no puedo hablar mal del gobierno; soy empleado; pero la oiré a usted con mucho gusto" (Benavente).

Conozco muchos críticos que, como el subprefecto republicano, contestan así a alguna duquesa monárquica que les sugiere decir la verdad acerca de un escritor: Ah, duquesa, yo no puedo decir la verdad acerca de ese hombre; soy su crítico; pero la oiré a usted con un inmenso placer.

Muy agradable es para ellos escuchar de otra boca sus propias ideas, que no han osado expresar. Si un día aplauden en privado una opinión, al día siguiente la contradicen en público. Fácilmente puede pensarse a dónde conducirá la generalización de este sistema de crítica literaria, tolerado y autorizado por casi todos los escritores colombianos. Si lo siguieran sólo los de abajo, no tendría importancia; pero qué pensar si los hombres que autorizan la insinceridad, aconsejar la indulgencia y practican la injusticia, son aquellos que por sus conocimientos, su autoridad y su fama reúnen todos los factores para ser los árbitros de las letras y los rectores de un público que los acata y respeta!

Hay escritores que han leído infinidad de obras, las han asimilado, conocen varias lenguas muertas y vivas, han buscado los orígenes del castellano, conocen todos los secretos del idioma, dominan la gramática y poseen un estilo. Todas las cualidades para una magnífica labor crítica. Sin embargo, les falta una que debían tener como hombres: el valor.

Conocer la verdad, tener la ocasión y la obligación de expresarla y no hacerlo, puede ser una actitud muy cómoda. También es una actitud de una cobardía alarmante. Cada vez que un escritor colombiano va a emprender el comentario de una obra, piensa que se halla delante de una señora. La señora le pide su opinión sobre la flor con que adorna su vestido. Naturalmente hay que elogiarla, aunque su perfume sea insoportablemente pedante, su postura manifieste un provincianismo detestable y su color revele una inoportunidad manifiesta. Sin embargo, hay que agradar y sonreír, para que, a su vez, la señora corresponda con una graciosa venia con una admirable sonrisa de su boca fina y atrayente o de su boca antillana. (Labios mulatos que hacen buscar instintivamente por entre la concurrencia los parientes más cercanos de la dama —casi nunca es necesario llegar a los abuelos— para comprobar una desagradable hipótesis racial).

A la literatura colombiana le hace falta un crítico y a la América española también.

El arte literario decae. Hoy todo es bueno. Así lo dicen las eminencias y todos los demás lo repiten. Si alguien no canta en coro, ni se aúna para gritar con ellos, la reacción es inmediata y es casi seguro que la adjudiquen "la corona y el sambenito de raro, neurasténico, loco o "chiflado" (esta reacción la producen las personas de cierta edad y muy respetadas.)

O bien: Estos jovencitos pedantes de hoy! No hay que darle alas a la juventud! Tántas revoluciones como hay ahora! Ya ven cómo están en España! Y cinco reflexiones más de las acostumbradas en estos casos. Sin embargo, estas palabras van dirigidas únicamente para los que dicen la verdad, para los que muestran algún rasgo de talento, alguna idea original que se eleve del pensamiento común y aburguesado. Para los que mienten, para los que plagian, para los que ceden ante las corrientes de la mediocridad ambiente, todo el incienso, todas las alabanzas.

Hoy todos estamos contentos. Pero comodidad no es verdad. Mañana estaremos más contentos porque habrá más obras. Se podrán levantar estadísticas para demostrar el aumento de la cultura. El número de lectores de hace dos años será tan sólo una pequeña colina delante del Aconcagua de 1945, 1946 o 1947 (ya veo el gráfico en el que creen todos los idiotas). Seguramente ese Aconcagua estará compuesto de aficionados a los diarios políticos y a las revistas pornográficas. Cada día más pequeños y cada día más satisfechos. Situación muy cómoda y muy agradable. Pero sobre todo inmensamente burguesa.

Hoy parece que la crítica se reduce a los prólogos. ¿Quién hace el prólogo? Un amigo de la familia, que además de gozar de un carácter amable debe tener el hígado muy sano. Así un prólogo viene a ser el conjunto de páginas numeradas en caracteres romanos que precede a doscientas o trescientas hojas marcadas con números árabes; en ese conjunto se miente acerca del estilo, de las ideas, del talento y hasta de la familia del autor.

¿Cuáles son las otras manifestaciones de la crítica literaria entre nosotros? Algunas notas que aparecen en diarios y revistas. En esas notas leemos, otra vez nuevos elogios. Es natural, el comentador no conoce el libro, se ha limitado únicamente a hojear el respectivo prólogo.

Es inútil buscar otras formas de crítica distintas del prólogo zamero, de la nota zamera y del ensayo, también zamero.

¿Y las academias? su labor en lo que se refiere a la crítica, y como ellas la pueden ejercer, es decir, como estímulo y depuración, no ha sido ninguna. Mérito concedido por una academia! Cada vez que pienso en esto recuerdo "Les Bestiaires" de Henry de Montherlant. Páginas llenas de lirismo en que el autor pide al que lee, un momento de reposo, y él mismo se detiene, anhelante para poder respirar, para no caer como después de correr los mil metros. Tal es el caudal de emoción que pone Montherlant en la descripción de ese momento fugaz, profundo y palpitante que precede al toque del clarín en una plaza de toros.

Al relatar la faena hecha por un señorito dice: "Esa misma tarde nadie debía acordarse de lo que había hecho aquel toro ni los hombres que lo lidiaron. Los cronistas escribieron solamente: regular. Todo aquello fue honesto en efecto, opaco, sin dejar nada a los sentidos, nada al alma, nada al espíritu; una cosa como para ser coronada por una academia. Aquello no estaba mal, pero era terriblemente tedioso e inútil." Tedio e inutilidad, dos palabras para sintetizar todas las academias. El escritor francés se refiere a las europeas, ¿qué se podría decir de las nuestras? Escribió esto en 1926. En 1934 la academia francesa le concedía el gran premio por su novela "Les Celibatiaux". Decididamente la academia francesa tiene sus momentos de lucidez o de arrepentimiento. El que ha asistido a una plaza de toros y ha presenciado una de esas faenas en las que todo es mediocre, el toro, los toreros y el cielo, puede comprender muy bien el significado hondo de estas páginas de "Les Bestiaires" y sus relaciones con la literatura.

Cuando no podemos decir que una cosa sea buena, pero tampoco podemos afirmar que sea mala, tenemos que acudir, como el crítico taurino, a la palabra regular. Vocablo hecho para las cosas mediocres, para los hombres mediocres. Oh, palabra con cara de mujer burguesa de cuarenta y dos años!

Plaza de toros de Bogotá: llovizna permanente que no alcanza a impedir la lidia; el cielo desesperadamente igual, igual. En la plaza no hay tendido de sol ni tendido de sombra: la tarde sin luz los ha hermanado. Un diestro aragonés con cara de sirviente de trasatlántico y andar de mozo de café, to-

rea un animal que no es un buey pero tampoco es un toro. En el torero ni un signo de arte, en el cornúpeto ni una muestra de bravura. En el diestro ni una espantada a la manera de "Rafaeé". En el astado ni la huída franca ni la malignidad del miura. Nadie silba pero nadie aplaude.

Por una rápida asociación de imágenes pienso ahora en las reuniones de cualquier centro literario en Colombia: no se puede decir que el salón sea agradable o incómodo. En cuanto a los asistentes, no hay en ellos nada que admirar. Sus facciones son comunes. No son burdas pero tampoco son nobles. De vez en cuando se encuentra un rasgo de malicia (de malicia tropical). Son los hombres de la mediocridad. Por eso su espíritu y su cuerpo están achatados y no muestran una sola línea audaz ni siquiera decidida. Sólo cuando alguien les muestra que fuera de esa vida hay algo más, reaccionan. Condenan todo lo que venga de fuera no porque les parezca malo, sino porque significa actividad o movimiento. Delante de tales hombres las palabras de Abel Bonnard son en verdad desconcertadamente exactas: "Une seule chose merme les plus hautes expressions de la nature humaine c'est une longue habitude de mediocrité." Leen con voz igual, irremediablemente igual, una prosa gris; su estilo es como un camino que atraviesa una llanura muy extensa y muy monótona, en la que todo es arena pero en donde no hay un solo oasis que nos refresque; no abrasa el sol pero tampoco hiela el cierzo; no hay rachas huracanadas ni clásicas serenidades. Y esta ruta desesperante sin colinas ni hondonadas, sin montañas y sin precipicios, la recorreremos siempre a la misma velocidad, y no sabemos si vamos aprisa o despacio (probablemente a treinta kilómetros por hora).

Doscientas páginas! Y el tema igualmente monótono.

Hay un pensamiento de Pascal que encierra una gran verdad "Quand tout se remue egalemet rien ne se remue en apparence comme en un vaisseau. Quand tous vont vers le debordement, nul ne semble aller. Celui qui s'arrete fait remarquer l'emportemet des autres, comme un point fixe". La literatura colombiana necesita un punto fijo para que el público desorientado tenga hacia dónde mirar y se detenga en la peligrosa pendiente que lleva a la cultura hacia un relajamiento demasiado grave. Si todos elogiamos sin medida, nadie comprenderá la insinceridad, la inmoralidad y la irresponsabilidad que mata nuestra vida literaria. Es necesario que alguien con el suficiente valor y una autoridad reconoci-

da, se detenga y sirva como punto de mira de las letras colombianas.

Pienso en el gran Quevedo:

“No ha de haber un espíritu valiente.
Siempre se ha de sentir lo que se dice.
¿Nunca se ha de decir lo que siente?”

FRANCISCO RUEDA CARO

Ex-alumno de la Facultad de Jurisprudencia de este Colegio Mayor.



Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico